



Raquel Tirado

AMOR A

CONTRARRELOJ



FANDOM BOOKS



Ain't nothin'
Tell me why
Ain't nothin' but a heartache
Tell me why
I never wanna hear you
I want it that way
Ain't your five?
Your ~~eyes~~ desire
Yes, I know
But it
won't be
that way



Simón
dice...

AMOR A

CONTRARRELOJ

1.ª edición: mayo de 2025

© Del texto: Raquel Tirado, 2025

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2025

C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid

www.fandombooks.es

Director editorial: Pablo Cruz

Editora: Marta Álvarez

Asistente editorial: Mercedes González Grande

Diseño de cubierta: eVostudio.com

Imágenes de inicio de capítulo: Istockphoto/Getty Images (Alexkava; Vect0r0vich)

ISBN: 978-84-19831-34-7

Depósito legal: M-3488-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

AMOR A

CONTRARRELOJ

Raquel Tirado

FANDOM BOOKS

*A quienes escriben diarios, subrayan libros,
garabatean en agendas, imprimen fotos y guardan
cada marcapáginas, ticket o entrada de cine.*

*Marina me dijo una vez
que solo recordamos lo que nunca sucedió.*

—CARLOS RUIZ ZAFÓN,
Marina

*Soy una especie de paranoico a la inversa.
Sospecho que la gente conspira para hacerme feliz.*

—J.D. SALINGER

CARA A

Los chicos con las chicas, Los Bravos

¿Y si fuera ella?, Alejandro Sanz

I Want It That Way, Backstreet Boys

Baby One More Time, Britney Spears

No diré que es amor, Hércules

Iris, Goo Goo Dolls

Time After Time, Cyndi Lauper

LOS CUATRO CABALLEROS DE LA MESA REDONDA



Simón

Cuenta la leyenda que Percival era uno de los doce Caballeros de la Mesa Redonda del Rey Arturo, que luchó por demostrar su valía, se casó con una doncella de nombre impronunciable y formó parte de la búsqueda del Santo Grial.

Pero ese no es más que un personaje legendario. Tiene poco que ver con el Percival que conocerás en las próximas páginas, aunque comparta las ansias de aventura y de formar parte de algo especial.

Percival, el chico de piel tostada y ojos verdes como las algas, siempre incómodo fuera del agua; nuestro líder, estaba obsesionado con formar su propia mesa redonda, en nuestro caso, de cuatro caballeros. Aitor, de cabello rubio pálido, estrabismo y los ojos más azules del mundo, que se guardaba más de lo que decía. Rafa, metro noventa y cinco, un corazón gigante y muchos muchos hermanos. Y yo. Simón.

Éramos cuatro, aunque durante un tiempo deseé que fuéramos solo dos.

Cuatro, como los mosqueteros, las tortugas ninjas, los cuatro fantásticos o los caballeros de nuestra mesa redonda.

Estábamos bien así.

Hasta que cumplimos dieciséis, aparecieron las chicas y a Percival se le fue la olla. Justo así comienza esta historia.

SEPTIEMBRE DE 1999

LOS CHICOS CON LAS CHICAS TIENEN QUE ESTAR



Percival

LUNES, 13 DE SEPTIEMBRE
¡SEGUNDA SEMANA DE PRIMERO DE BACHILLERATO!



—T— íos. Tenemos que encontrar novia. Urgentemente.
—¿Qué cojones dices ahora? —preguntó Rafa.
Abrí los brazos por completo, intentando abarcar todo lo que veía.

Sabía que ir a un instituto mixto por primera vez iba a ser una experiencia diferente, sobre todo teniendo en cuenta que había crecido entre la cabaña de pesca de mi abuelo, campamentos de verano aislados del mundo y estrictos internados masculinos de curas. Siempre rodeado de chicos. Para mí, compartir clase con el género opuesto era como visitar un planeta alienígena, pero no esperaba encontrar tanta... ¿compenetración entre especies?

Mis amigos y yo estábamos sentados bajo un muro de piedra en el patio del instituto, frente al campo de fútbol. Hacía unos minutos habíamos intentado integrarnos en el partido, y

fracasado estrepitosamente. Estábamos condenados a ser solo observadores. A nuestra derecha, un grupo mixto hablaba y reía sin cesar. Delante de mis narices vi a un chico y una chica besándose de manera que parecían estar lamiendo una tapa de yogur, y que casi se parten la crisma al enganchárseles los *brackets*. En mi visita al baño, no solo había encontrado una cantidad exagerada de charcos amarillos y pestilentes, sino que, al abrir la puerta equivocada, había interrumpido a una pareja haciendo algo que desde luego no quería ver...

—Joder, ¿en serio no sentís que nos han robado una parte fundamental de nuestro desarrollo!? —En mis amigos no encontré nada más que algunas miradas confundidas—. ¡Somos los únicos pringados de todo el insti que nunca se han enrollado con nadie!

—¿Le has preguntado a toooodo el insti? —insistió Simón.

—Sí, tranquilo, ahora voy con la encuesta. —Fingí que estaba sacándome algo de la espalda y le entregué a mi amigo un flamante dedo corazón.

—Bueno, todavía tenemos tiempo, ¿no? —preguntó Aitor, que sí parecía preocupado. Me dedicó una de sus expresiones de corderito degollado con esos ojos tan azules suyos; sentía que lo podía ver por dentro. Aitor se pasó prácticamente toda su infancia con un parche en el ojo intentando corregir su estrabismo. ¿La razón principal por la que nos hicimos amigos fue que parecía un pirata? *Efectiviwonder*.

—¿Tiempo? ¡Estamos en bachillerato! Si ahora es raro que no nos hayamos acostado con nadie imagínate cuando estemos en la universidad... —Alcé el cuello para poder mirar a Rafa a la cara y añadí, antes de que él me interrumpiera—: ¡Y no me hables de lo de que estuvo a punto de pasar con tu prima tercera! ¡Eso no cuenta! Hay que solucionar esto. Y pronto.

Simón, Aitor y Rafa se quedaron en silencio. ¿Cómo no se daban cuenta de la gravedad de esta situación? A ver, era cierto que las chicas nunca habían formado parte de nuestras vidas. Desde luego, no de la mía. Pasé parte de mi infancia en una cabaña con

mi abuelo, en un pueblo pesquero en el que conocí a Simón, hasta que mis padres decidieron que si seguía así me iba a convertir en un viejo huraño antes de tiempo y me apuntaron a campamentos de verano y extraescolares. En uno de los campamentos conocí a Aitor y Rafa y, un tiempo después, cuando ya éramos amigos, acabamos juntos en un internado masculino lleno de curas. Nos convertimos en un grupo.

Recuerdo que una vez, cuando teníamos unos catorce, intentamos derribar a pedradas un poste de luz a las afueras del internado. No llegamos a tirarlo, pero sí que nos cargamos unos cuantos cristales. Algunos profesores salieron en nuestra busca, pero conseguimos escaparnos y acabó pagando el pato otro chaval unos años menor. Simón se sintió tremendamente culpable y le faltó muy poco para entregarse.

Yo lo impedí. Porque eso habría supuesto un montón de problemas y potencialmente una expulsión. Y yo solo quería lo mejor para él.

Siempre quería lo mejor para todos ellos.

¿Por qué les costaba tanto entenderlo?

—La verdad es que a mí sí que me gustaría tener novia...

—murmuró Aitor, colocándose hacia atrás un mechón de pelo rubio claro.

—Con Carmen, en la noche de Reyes... —empezó a hablar Rafa, pero le di un golpe en el brazo para interrumpirle. ¡Creía haber dejado claro que su casi lío con su prima tercera no contaba!

—¡Lo que quiero decir es que necesitamos experiencias! Como las de las películas, como las que está viviendo todo el mundo. No digo que vayamos a echarnos nuestras novias definitivas, pero estaría bien no seguir vírgenes a los veinticinco. ¡Nunca volveremos a tener dieciséis años!

—Ni dieciséis, ni diecisiete, ni dieciocho... Ya lo habéis oído en la radio...

Los peligros del año 2000. El fin del mundo. Aitor estaba obsesionado con las especulaciones de que, al cambiar de dígito

nuestro calendario, el mundo tal y como lo conocíamos colapsaría.

—Bueno, si queremos conseguir novia... Lo mejor será que lo hagamos todos a la vez, ¿no? Los cuatro juntos —dijo Simón.

Cerré la mano y la choqué con su puño, sonriente. Con él de mi lado, el plan estaba en marcha.

* * *

—Perci, tío, no lo hagas.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque no te conoce nadie. No te va a votar ni Dios.

—¡Pues por eso lo hago! ¡Para que me conozcan!

Me dieron igual las súplicas de mis amigos. Había tomado una decisión. Alcé la mano y exclamé:

—¡Me presento como delegado de clase!

Sentí todos los ojos de mis compañeros clavados en la piel. Me gustó. Desde que había llegado al instituto, ninguno de ellos me había mirado. Un tal Manuel soltó una carcajada. Ese era de los populares, estaba claro, porque jugaba al fútbol y porque, en cuanto él se rio, el resto lo secundó. Pero también oí unos cuantos aplausos al final de la clase y, para mí, eso era una victoria. El caso es que doña María Izquierdo, profesora de Lengua y nuestra tutora (conocida como La Zurda por su apellido y por sus intereses políticos) carraspeó:

—¡Perfecto! ¡Qué emocionante! —A continuación, juntó un montón de papeles y sacó una urna de plástico de un cajón—. Zoe, supongo que usted también se presenta. —No era una pregunta, sino una afirmación.

Zoe se alzó de su silla como un resorte. Debía de medir metro ochenta, era incluso unos centímetros más alta que yo, y tenía el cabello de un marrón muy claro, corto por debajo de la mandíbula, liso, con las puntas despeinadas, y un flequillo largo que le enmarcaba la cara. Uno de los últimos mechones estaba pintado de rosa y, otro, de morado. No había reparado en ella

durante los primeros días de clase, pero cuando la vi más de cerca, se me ocurrió que se parecía a los duendes de las películas navideñas, esos que lo sabotean todo.

—¿Tenemos tiempo para algún discurso? —preguntó la Zurda—. Quizás es un poco innecesario, porque todos nos conocemos bastante bien...

Estuve a punto de alzar la mano de nuevo, enfadado. No. No todos nos conocíamos bien. ¡Yo acababa de llegar al centro!

—Te llamas Percival, ¿verdad? —Zoe se acercó a mí y me tendió la mano.

—Sí. Percival Valero. Tú eres Zoe.

—Zoe Valencia, ¡encantada! —exclamó—. Mola mucho que te hayas presentado a delegado. Tiene mérito. Pero escucha, si te gano, no te lo tomes a mal. Soy delegada todos los años. Literalmente. No he fallado ninguno desde que empecé a estudiar aquí.

Zoe Valencia alzó la barbilla, orgullosa.

—Entonces igual necesitas un descanso, ¿no? —dije, y cuando la chica del pelo de colores frunció el ceño, yo sentí una descarga eléctrica de pura satisfacción.

—Bien, denme un momento, vamos a hacer un sorteo para escoger a nuestros dos vocales. Esto... Creo que... Usted, Rivera, dígame un número del uno al diez.

—Eh... ¿dos?

—No. Sánchez.

—¿Siete?

—Tampoco. Ferreiro.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada. Dígame un número del uno al diez.

—¿Cuatro?

—¡Premio! —exclamó nuestra tutora, enseñando un papel con el número cuatro, y Ferreiro, que estaba en primera fila, hizo amago de ponerse de pie—. No, no se mueva. Todavía no. Primero son las votaciones. Porque los vocales podían votar, ¿verdad? Sí. Sí. Si he hecho esto un millón de veces... En fin. Ahora el segundo. Vega, un número del diez al veinte.

Aitor Vega, mi amigo, dijo con voz clara y firme:

—Quince.

—¡A la primera! —exclamó la profesora, enseñando el papel—. ¡Fantástico! Bien, pues ahora voy a repartir los papelitos y procederemos a la votación. Es anónima, recordad.

Durante los siguientes veinte minutos los nervios me comieron vivo de una manera tan exagerada que pensé en Prometeo. Prometeo desafió a los dioses (igual que yo desafiaba a Zoe retándola en la elección de delegados) y como castigo lo encadenaron a una piedra e hicieron que un águila le devorara el hígado todas las noches. Bien, yo sentía que los nervios también eran un águila comiéndome las entrañas. Salvando las distancias. Pensé que mis amigos tenían razón. No tendría que haberme presentado. Simón, a mi lado, deslizó un trozo de papel doblado sobre mi mesa.

La victoria es tuya, percebe.

Simón siempre era optimista. Y siempre, siempre, siempre, se equivocaba.

Joder. Iba a perder. En un acto desesperado, grité:

—¡Más de la mitad de la clase somos hombres! Esto... ¿no os gustaría tener a un delegado que representara vuestros derechos? Que... No quiero decir que no tengamos los mismos derechos...

—Perdona, ¿has tenido la necesidad de interrumpir la votación para gritar que eres un hombre? —preguntó Zoe.

Las risas fueron a más, y nuestra tutora, en vez de interrumpirlas para llamar al orden, parecía disfrutar el momento. A mi lado, Simón suspiró, exasperado.

—Esto... No... Es solo que, bueno, no me habéis dado la oportunidad de dar un discurso y solo quería dejar claro que igual votarme podía tener ventajas y...

—El siglo veintiuno está llamando a nuestra puerta. Estaría bien que no te quedaras atrás... —volvió a vacilarme Zoe.

No dije nada más. Lo había intentado y había fracasado estrepitosamente. Mis compañeros, uno a uno, se alzaron para introducir sus votaciones en la urna de plástico. Sentí cada una de ellas como una piedra más sobre mi tumba.

—El primer voto va para... Zoe Valencia.

La clase se llenó de aplausos. Y así continuó durante los siguientes minutos, porque, aunque en unas pocas ocasiones escuché mi apellido y me llené de algo parecido a la esperanza, nunca duraba mucho. Zoe Valencia estaba arrasando.

—Valero. Valencia. ¿No había dicho que esta votación era anónima? Valencia. Valencia...

Mientras la profesora hablaba, Aitor se encargaba de ir trazando rayas perfectamente rectas debajo de cada uno de nuestros nombres. Me miró como diciendo: «Lo siento, tío, poco se puede hacer».

*Zoe Valencia: 22 votos.
Percival Valero: 5 votos.*

Era el fin. Había sido humillado delante de toda la clase. Jamás levantaría cabeza. Nunca me integraría, nunca conseguiría novia y hasta mis amigos tendrían que alejarse de mí para poder tener algo parecido a una vida social.

Las veintidós personas que habían votado por Zoe aplaudieron.

—Pues ya está todo claro. Zoe Valencia será la delegada. Percival Valero será el subdelegado. Ahora toca firmar el acta y...

—¿El subdelegado? ¡El curso pasado lo elegimos por sorteo! —se quejó Zoe.

—Pero porque fue usted la única que se presentó. En esta ocasión, ha habido otro candidato que también ha conseguido votos.

Entonces sonó el timbre que anunciaba el final de la clase. Todo se llenó del ruido característico de los cuadernos y los estuches guardándose en las carteras, y mis compañeros se abrieron paso a empujones para ser los primeros en salir del

aula. Yo empecé a recoger mis cosas también. Dos chavales se acercaron a mí y dijeron, con grandes sonrisas en la cara:

—Te hemos votado de calle, ¡ya era hora de que alguien pensara en nosotros!

Me dieron incluso una palmada en la espalda, y durante todo este tiempo no dejé de pensar: «Si es que soy gilipollas».

La profesora se había marchado y yo seguía recogiendo mis cosas cuando Zoe se acercó a mí, fardando de ese centímetro de altura en el que me ganaba y que hacía posible que me mirara de arriba abajo.

—Espero que no te importe seguir las órdenes de una chica —dijo.

Después me enseñó los dientes, como si fuera un animal salvaje, y yo estuve a punto de cagarme encima, porque juro que la suya era la sonrisa más bonita que había visto jamás.

CUATRO NOVIAS PARA CUATRO AMIGOS



Simón

A veces estaba convencido de que no había decidido por mí mismo en toda mi vida. No era que mis padres fueran estrictos. Para nada. Ellos nos apoyaban a mi hermana y a mí en todo, acertáramos o nos equivocáramos. No eran como los padres de Aitor, que lo trataban como a un bebé y le habían ocultado información incluso de sí mismo. Ni como los padres de Rafa, que deseaban controlar la vida de sus cinco hijos con tantas ganas que a veces se convertían en un muro de piedra. Ni como los padres de Percival, que pasaban la mayor parte del tiempo fuera de la ecuación y, cuando regresaban, preferían imponer que escuchar.

No.

Estas fueron algunas de las decisiones que mis padres aceptaron: que en verano pasara más tiempo en la cabaña del abuelo de Percival que en casa, que quisiera ir a los campamentos de *boy scout*, al internado masculino y católico (sin ser mis padres precisamente practicantes) y, a los dieciséis, cambiarme a un instituto público mixto para nuestra preparación a la universidad.

Pero la verdad es que ninguna de estas decisiones fue mía, sino de Percival.

Lo conocí a los cuatro años; cuando mi familia y yo pasamos el verano en un apartamento de un pueblo pesquero. Cuando lo vi, me estaba comiendo un Phoskito. Él nunca los había probado, porque en el pueblo no los vendían, y me dio tanta pena que le di el regalo que incluía.

En los veranos siguientes le llevé muchos muchos Phoskitos, como si quisiera asegurarme de que no podría sobrevivir sin mí. Porque Percival siguió viviendo en la cabaña hasta que el abuelo se hizo tan mayor que le era imposible cuidar de su nieto, y los padres de Percival decidieron hacerse cargo de su educación y alejarlo de un ambiente tan... poco civilizado.

¿Cómo lo hicieron? Apuntándolo a un millón de campamentos y extraescolares. En uno de esos campamentos, conocimos a Aitor y Rafa y nos volvimos inseparables. Juramos estar unidos siempre. De manera literal, con aullido a la luna y corte en la palma de la mano incluidos.

Resultó que Aitor y Rafa ya se conocían, porque iban juntos a un internado masculino. Cuando Percival lo supo, urdió un plan para que sus padres decidieran, «por sí solos», que esa era una buena opción para él también. Porque ya que éramos cuatro, no dejaría que nos separaran.

A mí, claro está, me obligó a convencer a mis padres. No fue excesivamente difícil, pues ellos siempre han estado empeñados en darnos a mi hermana y a mí una «educación de calidad».

Percival siempre quería lo mejor para todos. Y ahora consideraba que lo mejor era esto: cursar bachillerato en un instituto mixto.

Y reconozco que, en realidad, el instituto no me disgustaba.

Tras una semana de clases me había acostumbrado al ritmo, a los profesores, a mis compañeros y a la cantidad de trabajo. En dos años estaría en la universidad y, aunque todavía no sabía lo que quería hacer, sí deseaba estudiar y esforzarme al máximo, aunque solo fuera por si acaso.

Mis padres siempre se iban a trabajar mucho antes de que mi hermana y yo nos despertáramos, pero solían dejar una cafe-

tera preparada para ella (yo prefería el ColaCao) e incluso una notita de ánimo pegada en la nevera. Así que mi hermana Marta y yo desayunábamos solos, y a ambos nos gustaba quedarnos en silencio, con la mirada perdida en algún punto de la pared y sin pensar en nada mientras comíamos galletas María mojadas. Así estaba, con la mente en blanco, cuando sonó el telefonillo de casa.

—Abre, Simón, que será tu novio.

El cuerpo entero se me tensó. Marta siempre se refería así a Percival para hacerme rabiar.

—Voy —dije—. Sí, es él.

—¿Tu novio?

—¡Percival, joder!

—¡Ja! Te has puesto colorado.

Era insoportable.

Aun así, me despedí de ella con un beso en la mejilla, preparé mi mochila y bajé corriendo al portal. Ahí estaba él: Percival se había recogido la melena castaña clara en una coleta diminuta, la que llevaría un perro Yorkshire, y llevaba un jersey de cuello alto de color entre verde y aguamarina, del mismo tono que sus ojos. Esos pantalones vaqueros oscuros ceñidos dejaban sus tobillos al descubierto, como si aún viviera frente al mar y no quisiera mojarse de agua salada. Se balanceaba sobre sus mocasines. Al sonreír, dos hoyuelos se le marcaban en las mejillas.

—¡No te lo vas a creer! —gritó a modo de saludo.

—Pues no, básicamente porque todavía no controlo lo de la telepatía.

Tiró de mí y me agarró por el brazo, para emprender el camino hacia el instituto.

—Ayer por la tarde, después de clase, me encontré con Zoe por la calle y hablamos un buen rato. Y tengo buenas noticias, ¡para todos!

—¿Habéis acordado bajar el precio de los bocadillos de beicon en la cantina?

—¿Qué dices?

—No sé. ¿Cuál se supone que es el trabajo de los delegados y subdelegados?

—Ni idea, la verdad. No hablamos de nada de eso. Bueno, al principio sí, pero después la acompañé a hacer un par de recados y estuvimos charlando sobre... la vida. Supongo. Es genial, tío. Me encanta Zoe. ¡Y no tiene novio! Es perfecta.

Frené en seco y miré fijamente a mi amigo antes de preguntar:

—Espera, ¿te gusta Zoe? ¡Pero si el otro día en clase discutisteis!

—Bueno, pero porque me lie con las palabras, pero en realidad no estamos mal. Zoe es guapa, es lista... ¡Tiene una sonrisa preciosa, colega! Como de vampiresa. O de duende. Algo así. No sé. No tengo claro si me gusta ahora, pero podría gustarme... Antes de que se acabe el año. Sí. Para entonces me gustará fijo.

Percival nunca creyó en las casualidades ni en las personas que aparecen en tu vida y, de pronto, sin tú saberlo, se convierten en alguien indispensable. Él siempre pensó que los amigos, las relaciones en general, eran algo que se elegía. Estaba claro que su novia iba a ser escogida de manera calculada y tras un balance de pros y contras.

Lo mismo hizo con Aitor y Rafa cuando nos conocimos en ese campamento. Los observó durante días, analizó sus virtudes (para Percival seguro que el parche en el ojo de Aitor era una virtud), sus defectos y su potencial. Y los eligió.

Estoy convencido de que a mí también me escogió de manera consciente. Aunque tuviéramos cuatro años. Aunque yo no sea capaz de entender sus razones.

Pasamos unos minutos en silencio, avanzando por la calle y esquivando las colas que se aglutinaban frente a un par de quioscos. Aitor apareció enseguida, en el portal de su casa, saludándonos con la mano efusivamente. Se unió a nosotros hablándonos de un programa que se había quedado escuchando hasta las tantas, uno de esos que afirmaban que, al llegar el nuevo milenio, los ordenadores, sistemas públicos, o cualquier elemento

informático o digital que tuviera un chip explotaría, creando un caos apocalíptico. Se llamaba efecto 2000. Aitor se había obsesionado con esa teoría de la conspiración y cada vez que hablaba de ella le añadía un punto más de catástrofe.

Unos metros más adelante, se nos unió Rafa. Destacaba por esa cabeza rapada al cero, por su metro noventa y cinco y porque la ropa siempre le quedaba un poco ajustada de más. Le gustaba así.

En esta ocasión, lo acompañaban sus dos hermanas pequeñas, las gemelas Macarena y Valentina, que parecían unas guardaespaldas en miniatura. Siempre vestían con el uniforme del colegio: la falda plisada de color verde a la altura de las rodillas, la camisa bien metida por dentro (su hermano se aseguraba de eso) y el cabello castaño oscuro y liso recogido en dos trenzas.

Nos acompañaban la mitad del camino al instituto y nos encargábamos, junto a Rafa, de dejarlas en la puerta de su escuela. Durante todo el trayecto estuvieron hablando de los planes para el día, de sus deberes y de lo chula que era la canción que habían elegido para el festival de Navidad en su escuela. Tenían siete años y toda la ilusión del mundo. Eran gemelas, pero por decisión conjunta de sus padres y profesores, asistían a clases separadas.

Por eso, al dejarlas en la puerta, las vimos despedirse.

—¡Hasta luego, San Valentina! —exclamó una, sacudiendo la mano.

—¡Hasta luego, *Dale a tu cuerpo alegría Macarena!* —respondió la otra.

Adorábamos a esas crías.

Tras dejar a las gemelas en el colegio, Percival volvió a hablar de Zoe, torció la esquina y nos llevó a todos por un camino distinto al habitual.

—Os he dicho que tengo algo que enseñaros —anunció Percival.

Lo seguimos, como siempre. A un par de manzanas del instituto había un videoclub al que íbamos a veces. De ahí salió una

chica. Era muy alta para ser una chica, tenía el pelo corto, castaño claro y con las puntas de colores. Vestía una falda larga de tela vaquera y un top morado oscuro que dejaba al descubierto sus hombros fuertes.

—Es Zoe —comentó Aitor, que alzó la mano y parecía dispuesto a ir corriendo a saludarla.

Percival lo frenó.

—Espérate —dijo. Los cuatro nos habíamos quedado rezagados, escondidos detrás de un muro de piedra.

Unos momentos más tarde, aparecieron dos chicas más. Una iba vestida de rosa y tenía el pelo rubio y brillante, como de un anuncio de champú, y tan largo que se le había enganchado en uno de los llaveros que colgaban de su mochila (tenía tres, que yo pudiera ver: un muñeco de *Winnie the Pooh*, una pera y un Tamagotchi rosa fosforito). La otra chica, morena, más menuda y regordeta, estaba ayudando a desenredarlo.

Zoe las observó, conteniendo una risa, y le dio un mechero a la rubia, que, en cuanto se liberó, sacó un cigarro y empezó a fumar.

Una cuarta chica, vestida completamente de negro, salió del videoclub exclamando:

—¡Siempre nos ponen multas por vuestra culpa!

Estaba tan cabreada que incluso dio una patada, y el sonido de su bota militar con puntas metalizadas resonando contra el suelo me tensó incluso a mí.

—Nanai de la China, aquí la que se queda dormida es siempre Zoe —murmuró la rubia.

—Eh, la película era mala. Si hubiera sido buena, no me habría quedado sopa —se quejó la susodicha. Se acercó a la chica rubia, cogió su cigarro y le dio una calada—. Además, la he pagado yo, no te quejarás.

Hasta que no las vi a las cuatro juntas caminando entre risas hasta el instituto, no entendí la noticia de Percival. A alguno le costó más pillarlo.

—¿Qué pasa? ¿Hemos venido a alquilar una peli? —preguntó Aitor.

Rafa suspiró.

Y Percival exclamó:

—¡Zoe tiene tres amigas! ¡Son cuatro, como nosotros! ¡Una para cada uno, es la hostia!

* * *

Se llamaban Carolina, Eva y Nuria. Las tres estaban solteras y, con Zoe, eran mejores amigas desde... siempre.

—Como nosotros —apostilló Percival.

Iban juntas a las mismas extraescolares por las tardes, veían películas todos los sábados por la noche, y si alguna se dormía, volvían a reunirse el miércoles siguiente para ver el final. Eran guapas, inteligentes y encantadoras, cada una a su manera. Eso decía Percival.

—Venga, ¿con cuál os quedáis? —preguntó.

Los cuatro habíamos pasado el recreo observándolas, mientras ellas ocupaban una de las esquinas del patio, pasándose una pelota y hablando de recetas.

—Colega, que pregunta más fea —espeté—. Ni que esto fuera como elegir un sabor de helado en la cantina.

—¡Es una manera de hablar! —exclamó el aludido.

—Yo tendría que conocerlas un poco antes de tomar una decisión —murmuró Aitor—. Si no, es imposible. Y Simón tiene razón, lo de elegir suena fatal.

—No tenemos tiempo. ¿No quieres empezar el año 2000 con novia? —insistió Percival.

—Yo solo veo un problema: las cuatro están buenísimas —dijo Rafa—. ¡Y son inteligentes y majas y todas esas cosas que no tienen los helados o los trozos de carne!

Me reí.

—¡Es perfecto! Son cuatro amigas para cuatro amigos. Si esto funciona, ¡podremos hacer planes de pareja! ¡Cuando vayamos a la bolera, tendremos todo un carril para nosotros! —exclamó Percival.

—Eso es verdad —admití.

Porque si debíamos tener novia, esta era la mejor manera de afrontar la situación. Los cuatro juntos. Como siempre habíamos hecho. Como siempre haríamos.

—Elijamos una y ya. Después ya les encontraremos virtudes —dije.

Pasamos el resto del día en el instituto pensando, divagando, debatiendo y riendo.

Al final la cosa se quedó así:

Percival con Zoe, esto estaba claro.

Aitor escogió a Nuria, la de las botas militares que siempre vestía de negro.

Rafa prefería a Eva, la de la melena rubia brillante que fumaba sin parar.

Y yo, por descarte, me quedé con Carolina. De ella sí que no teníamos ninguna información.

PLAN «A CONTRARRELOJ»: CÓMO CONQUISTAR A CUATRO CHICAS EN CUATRO MESES



Percival

VIERNES, 17 DE SEPTIEMBRE
CONTROL DE MATES

La segunda semana de instituto acabó tan rápido como la primera. Y también me pareció complicadísima. No tanto por recopilar apuntes y llevar al día los deberes, que eran mucho más exigentes que el año anterior, sino por integrarme en el ecosistema de la clase. Ya entonces, con dieciséis años, tenía la sensación de que toda mi vida iba a ser así: que cambiaría justo en el momento en el que empezaba a acostumbrarme a ella. Como si en mitad de una partida cambiasen las reglas o el tablero.

El caso es que yo quería integrarme. ¡Con todas mis fuerzas! Contaba con mis amigos, y con nuestro plan, que me daba una cierta sensación de seguridad. Tenía claro quiénes eran los populares, y su cabecilla, un tal Marcos, el capitán del

equipo de fútbol, con un peinado de estrella del rock y siempre rodeado de chicas y acompañado por Manuel.

Rafa y Simón no habían hecho ningún movimiento con sus objetivos, pero aquel día, Aitor se sentó al lado de Nuria, la gótica de las botas militares y el pelo de bruja de Disney, y aunque no los había visto intercambiar palabra, aquello ya era un paso.

Yo también tenía la mira puesta en Zoe.

Aquel día que pasé horas hablando con ella y ayudándola con sus recados, pensé que había surgido algo entre nosotros. Una pequeña chispa, como mínimo. Pero empezaba a dudar que esa chispa hubiera existido, porque todas nuestras conversaciones habían vuelto a limitarse a nuestras tareas de delegada y subdelegado.

Zoe era distinta: cuando no estaba con sus amigas, iba a su bola. Me sorprendía, porque al presentarse como delegada, toda la clase se había puesto de su lado sin pensárselo un segundo y, sin embargo, no formaba parte de corrillos y pasaba las clases en silencio. Siempre se entretenía sola: preparaba un comecocos detrás de otro o pintarrajeaba las puntas de su cabello con subrayadores.

Había iniciado mi propia estrategia: mirar a Zoe fijamente y sonreír justo cuando ella me devolvía la mirada.

¿El resultado? Absolutamente lamentable.

Simón, que se sentaba a mi lado, deslizó una nota por debajo de mi mesa:

Percebe, eres patético.

Estaba claro lo que fallaba: nos conocíamos demasiado poco. Necesitaba saber más cosas de ella para poder acercarme sin levantar sospechas.

Entonces, empecé un segundo plan.

* * *

Además de llevarlas al colegio, casi todas las tardes, al salir del instituto, también recogíamos a Valentina y Macarena, las hermanas

de Rafa. En esta ocasión, su compañía nos iba a venir de perlas. Tenía un plan secreto.

A las gemelas les encantaba que fuéramos a buscarlas los cuatro juntos. Nos veían aparecer en las puertas del colegio, siempre abarrotadas de gente, y erguían bien la cabeza, felices al comprobar cómo, mientras que al resto de sus compañeras las recogían una o dos personas, ellas tenían a cuatro «hermanos» estupendos.

Tenían la manía de preguntarnos si les habíamos traído algún regalo, como si hubiéramos regresado de un viaje o una cosa parecida. Hablaban durante un buen rato sobre lo que les había pasado en el colegio y después se dedicaban a cantar de manera estridente alguna canción, en esta ocasión, el tema de Shakira, *Ciega, sordomuda*, que debían interpretar en la fiesta de Navidad. De hecho, ya nos habían obsequiado dos pases completos de aquella sentida canción, cuya letra y melodía se repetían en mi cabeza como un disco rayado.

—Colegas, no podemos perder la perspectiva. ¿Cómo vamos a conquistar a las chicas? —pregunté.

—Yo encontré una frase para ligar en esta revista de tías. Escucha —Rafa me miró fijamente a los ojos antes de decir—: Mi fórmula de matemáticas favorita es tu nombre más el mío.

—La persona que escribió eso debería estar en la cárcel —respondí.

—Bueno, al menos Rafa se está documentando, lo de quedarte mirando a Zoe fijamente durante toda la clase no ha funcionado —dijo Simón y me miró antes de vocalizar, sin pronunciar la palabra, pero lo suficientemente claro—: patético.

Estuve a punto de soltarle un guantazo.

—Lo que es más grave, ¿cómo las vamos a conquistar en cuatro meses? —insistió Aitor.

—¿Por qué en cuatro meses? —preguntó Rafa.

—¡El efecto 2000! Puestos a tener novia, preferiría tenerla antes de que se acabe el mundo.

—¿Se va a acabar el mundo? —quiso saber Valentina, preocupadísima.

—¡No! ¡Qué va! Ni caso, que Aitor no sabe nada de la vida —dijo Rafa, empujando a su amigo con tanta fuerza que estuvo a punto de tirarlo al suelo.

—Ah, porque es adoptado, ¿no? —preguntó Macarena, que bajó mucho la voz al decir esa palabra—. Como es adoptado, sabe menos cosas.

Aunque Aitor había crecido sin saberlo, el año anterior descubrió que no había heredado esos ojos azul celeste y brillantes de sus padres, Amparo y Juan, sino de unos padres biológicos rusos. Aún era un poco tenso hablar del tema, así que me aguanté las ganas de reír. ¿Qué pensarían esas niñas que significaba exactamente ser adoptado?

—Valentina, Macarena, ser adoptado quiere decir que él nació en otro país, con otros papás, y que cuando fue un poco más mayor, vino a vivir a España con sus papás de ahora.

Macarena se quedó unos instantes pensativa, evaluando hasta qué punto le satisfacía la explicación de su hermano.

—Ah, entonces Aitor no sabe menos cosas, sabe muchas más. Oh, la lógica aplastante de las niñas de siete años.

Ahora sí, habíamos llegado a nuestro destino, un local con un gran cartel que mostraba dos manos gigantes sujetando una tarjeta que rezaba: CLUB-VIDEOCLUB.

—Chicas, ¿queréis alquilar una película? —pregunté.

Los chillidos de las gemelas fueron atronadores.

—Perci, ¿qué cojones haces? —quiso saber Rafa con esa voz de hermano mayor responsable que tanto me sacaba de quicio.

—Zoe y sus amigas vienen aquí todas las semanas. Alquilan una película los viernes y la devuelven los domingos por la mañana —les recordé. Se veía que mi explicación no sirvió de mucho—. ¿¡Tú sabes lo mucho que nos ayudaría saber qué películas alquilan!? Nos daría un tema de conversación, que es justo lo que necesitamos todos.

—Ya, pero es que eso no nos lo van a decir.

—Bueno, esta gente tiene cuadernos u ordenadores, podemos mirar...

—¿Y para qué has traído a mis hermanas? —preguntó Rafa, cerrando los brazos sobre el pecho—. ¡No me jodas! ¿Quieres utilizarlas como distracción?

—¡Esa precisamente era la actitud que quería evitar! —Me coloqué bien las gafas, que se me habían deslizado por el puente de la nariz—. Venga, si no se van a dar ni cuenta.

—Mierda...

Mientras hablábamos, las gemelas ya habían entrado en el local y estaban toqueteando todas las películas a su alcance. El encargado las perseguía desesperado.

—¿Ves? Esto es pan comido.

Rafa simplemente me dedicó una mirada asesina antes de correr a buscar a sus hermanas. Cogí a Simón del brazo y lo arrastré hasta el interior del local. La puerta se abrió con el sonido de una campanita que marcaba nuestra entrada. El encargado, tan atareado como estaba con las niñas, no se dio ni cuenta.

Avancé con Simón hasta la mesa del encargado, para después disimular mirando las carátulas de las películas que tenía en la pared de atrás.

—¿Queréis algo? —nos preguntó el hombre.

—Estamos mirando las pelis de atrás.

—Son mis favoritas. Ni se os ocurra tocarlas —insistió—. ¡Niña, por favor!

—Perdona... —se disculpó Rafa, agobiadísimo.

—Zoe Valencia, ¿verdad? —preguntó Simón, soltándome y asomando la cabeza hacia el enorme ordenador del encargado, aprovechando que este se había agachado para buscar una película de Disney por la que Valentina suplicaba.

Yo tenía ordenador en casa, pero estaba en el despacho de mi padre y a mí no me dejaban usarlo. Esa caja robusta y esa torre color blanco parecía sacada de una película de ciencia ficción, y yo sabía bien que Simón tampoco estaba familiarizado con ella.

Un fondo de color azul cielo se abrió ante él mientras pulsaba las teclas.

—Necesito una contraseña —me susurró.

—¿El nombre del videoclub?

Simón lo tecleó y negó con la cabeza.

—Espera —dijo, y vi que añadía «99» al final.

Levantó el pulgar. ¡Estábamos dentro!

Nuestros hombros se rozaron mientras me apoyaba a su lado. Ninguno de los dos sabíamos cómo funcionaba, y cada tecla que pulsábamos parecía hacer mucho, mucho ruido. Utilicé el ratón para intentar abrir una de las carpetas, pero de los nervios se me cayó al suelo. El encargado se giró de golpe.

—¿Qué hacéis!?

Simón se agachó para que no lo viera.

—Nada, nada...

—Oye, ¿y tenéis alguna película de Disney sin animales?

—preguntó Rafa—. A Valentina siempre la hacen llorar.

Mientras el encargado seguía distraído, Simón apareció a mi lado con una agenda. Busqué las páginas de la semana anterior. Ahí estaba: «Zoe...» ¿Gastón? El apellido no era el mismo, pero tenía que ser ella. Rápidamente, cogí un bolígrafo y me apunté en el antebrazo algunos títulos de películas con la esperanza de acordarme del resto.

FUERA DE ONDA
MS. DOUBFIRE
MI CHICA
NO LE DIGAS A MAMÁ QUE...
TIENES UN E-MAIL

Simón lo dejó todo de nuevo en su sitio.

—¿Habéis elegido ya? —pregunté con la voz clara, acercándome a las niñas.

—¡*Hércules*! —exclamó Valentina, y juro que el encargado respiró tranquilo por fin.

—¡Qué bien! ¡Vamos a ver una película! —gritó Macarena, ya fuera del videoclub.

—Espero que me devuelvas las cien pesetas —refunfuñó Rafa.

—Sí... —Le di un par de monedas y después un fuerte abrazo.

—¿Habéis conseguido la lista? —preguntó Aitor.

—Más o menos —expliqué enseñándoles mi brazo.

Durante todo el camino a casa de Rafa estuvimos intentando descifrar los títulos que había apuntado con tan poca maña.

—Ey, ¿luego queréis venir a mi casa a jugar a la Play y a seguir con el plan? —pregunté. Mis padres estaban fuera.

—¡Nos has prometido que nos vas a ayudar con el baile! —exclamó Valentina.

—Cierto. Toda la tarde ocupada, chavales. Tenemos ensayos de *Ciega, sordomuda*. A este paso, Shakira contratará a las gemelas para su próxima gira.

—¿¡En serio!? —preguntó Valentina, emocionada.

—Bueno, ya le preguntaremos... Sois muy pequeñas todavía.

—Yo tampoco puedo, tengo clase de violonchelo —explicó Aitor.

—Claro, porque eres adoptado —comentó Macarena.

—¿¡Qué tendrá que ver!? —exclamó Rafa —. Perdona, tío, cuando se aprenden una palabra no hay quien las saque de ahí... ¡Nos vemos el lunes!

Ellas fueron las primeras en atravesar el portal hacia su casa, acompañadas de su hermano. Después, Aitor desapareció calle abajo, de camino a sus clases en el conservatorio. Simón me miró expectante.

—¿Vienes a casa y jugamos a algo? —le pregunté—. Después podemos ver una peli.

De la parte trasera de mi pantalón saqué una carátula en la que se veía a un niño y a una niña con el agua de fondo y el título *Mi chica* (*My Girl*). Era una de las que aparecían en la lista de alquiladas por Zoe.

—¿Has robado un puto VHS?

—¡Lo he cambiado de sitio! Antes estaba en el videoclub y ahora está en mi culo.

—Eres gilipollas —dijo Simón, aunque lo que quería decir era que sí. Que vendría a casa. Jugaríamos a la Play durante horas y después veríamos la película.



¿QUIERES
SALIR CONMIGO?
Sí / NO



4x4

Septiembre de 1999 pasará a la historia como el mes en que Percival, Simón, Rafa y Aitor comenzaron a estudiar en un instituto mixto.

Perci cree que es la oportunidad perfecta para que los cuatro encuentren novia a la vez. ¡No van a ser los únicos pringados que jamás han estado con una chica!

Así, se fija en Zoe, que además de ser guapa e interesante, tiene tres amigas perfectas para completar el plan «Amor a contrarreloj». Aitor y Rafa parecen convencidos... pero Simón no quiere echarse novia. Ni que lo haga Perci.

¿Arriesgarías la amistad perfecta a cambio del amor verdadero?



FANDOM BOOKS
www.fandombooks.es

